

—¡Guerra á muerte á los españoles que quieran imponernos su religion! ¡Guerra á muerte á Mayabonex, nuestro rey, porque los escucha y los obedecel ¡Guerra á muerte á Juan Mateo, porque ha roto los lazos que le ligaban con nosotros!

Este fué el grito de guerra.

Esta fué la exclamacion unánime, la voz de alarma que sin pronunciarla los labios resonó en el corazon de todos.

Los caciques y los butios se reunieron en secreto para tramar la conspiracion que debia dar por resultado el cumplimiento del deseo que habian escrito en su bandera de rebelion.

Capitulo LX.

Profanacion.

Despues de celebrar algunas reuniones con el indicado objeto, acordaron negar toda clase de víveres á los españoles, aprovecharse de la ocasion para asesinar á los que fueran solos ó no pudieran defenderse por ir en menor número que sus adversarios, alejar á la familia de Juan Mateo, penetrar en su capilla, destruir las imágenes, enterrar los pedazos, acometer la fortaleza de la Concepcion, incendiarla y destruirla, matar á todos los españoles que habia en la Vega, y defenderla de la invasion de sus compatriotas cuando acudiesen á vengarlos.

El sentimiento religioso es el que más pronto arma el brazo de un pueblo.

Las páginas de la historia están ensangrentadas con las innumerables guerras que las creencias religiosas han suscitado en la humanidad.

No representa entonces cada soldado un número reunido á otro número para formar un guarismo considerable.

Cada soldado es allí una familia, un hogar.

No pelea el soldado por conquistar para su soberano un pedazo de tierra, por lavar la mancha que otra nación ha arrojado en el honor nacional.

Tampoco le alienta la esperanza del botín.

Todos estos móviles son pequeños, mezquinos, deleznable, comparados con el que agita el brazo del guerrero, ora sea en los campos del Asia, cubierto con la blanca capa y la luz roja, ora en las ciudades de Alemania con la acerada cota de malla, ora en Francia durante la horrible noche de San Bartolomé, ora en España disputando paso á paso á la media luna sus conquistas de siete siglos.

En otras luchas, el guerrero que triunfa espera el premio en la corona de laurel que dá el mundo.

En estas el soldado busca frenético la muerte, porque el premio que le aguarda es la gloria eterna.

Sabe que si muere, aunque deje una viuda, unos huérfanos, la Providencia será su amparo.

Sabe que su muerte será una ejecutoria para sus hijos y para su esposa.

¿Qué extraño es que la tímida oveja se convierta en egregio león?

Impulsados por estos sentimientos, se aprestaban los indios á realizar su plan.

Los víveres escaseaban ya.

Los pocos soldados que guarnecían la fortaleza de la Concepción no se alejaban de ella.

La familia de Juan Mateo abandonó un día la capilla para acudir á un falso llamamiento de su jefe.

Llegó la noche, y los caciques fueron penetrando en la choza sagrada para borrar las huellas que hubiesen dejado en ella los enemigos de su religión.

Todos fueron penetrando cautelosamente y colocándose en torno de las paredes formadas con yerba.

—¿Estamos todos?—preguntó uno.

—No, faltó yo,—dijo una voz.

Y al mismo tiempo se presentó entre los caciques Mayabonex.

Todos le miraron horrorizados.

La palabra ¡traición! asomó á sus labios.

Pero no se atrevieron á pronunciarla.

Conocían lo bastante á Mayabonex para comprender que, habiendo sido descubiertos, les esperaba un tremendo castigo.

Todos enmudecieron.

—¿Tembláis? ¿Enmudeceis?—preguntó Mayabonex, paseando su brillante mirada por el cónclave.

—¿Pensáis que soy vuestro enemigo, habeis dudado de mí porque para asegurar mi venganza he fingido acceder á los ruegos de los extranjeros? No debía per-

donaros; debia castigar vuestra duda, porque con ella me ultrajais. Pero nuestros brazos son pocos todavía, y no sólo os perdono, sino que vengo á asociarme á vosotros.

Aquellas palabras asombraron á los caciques.

—¿Tú,—dijo uno,—tú vienes á ayudarnos?

—¿Aún lo dudais? Ved cuáles son mis intenciones.

Y dirigiéndose al altar, arrojó al suelo las imágenes.

Todos le miraron con una ansiedad indescripible.

Blandiendo su macana, hizo mil pedazos aquellas efigies.

—¿Dudais ahora de mí?—exclamó.

—No, no,—gritaron todos.—Perdónanos por la ofensa que te hemos hecho; pero para mostrarte nuestra sagacidad, escucha nuestros planes y sé tú quien nos guie á realizarlos.

—Es inútil; conozco vuestros intentos. Las efigies yacen convertidas en pedazos, y para que no los encuentren los misioneros, vamos ahora mismo á enterrarlos profundamente en los alrededores de la cabaña. De aquí saldremos á reunir nuestras tropas para atacar el fuerte, y en breves dias, ó habremos muerto todos, ó habremos alejado para siempre á los extranjeros de nuestro suelo.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Los caciques recogieron los fragmentos de las imágenes y los sepultaron en la tierra.

Dispuestos á dar el golpe, acordaron por consejo de Mayabonex aguardar la época en que debian pagar el tributo, porque entonces podian reunir gran número de indios sin excitar sospechas de ningun género.

Los españoles de la fortaleza de la Concepcion comprendieron que se tramaba algo contra ellos, y por lo que pudiera suceder enviaron un emisario al adelantado.

Capítulo LXI.

Historia de un cuento.

Una circunstancia que nada tiene de extraordinaria, había hecho creer á los indios que los papeles que usaban los españoles para comunicarse entre sí hablaban.

Aun á riesgo de repetir un cuento muy conocido, voy á manifestar á mis lectores el motivo en que los indios fundaban esta creencia.

Sabido es que los españoles tenían á su servicio algunos indios.

Un colono quiso obsequiar con media docena de plátanos á un su amigo, que se hallaba en una de las fortalezas.

Al efecto los colocó en una canastilla y le escri-

bió una carta manifestándole que le enviaba seis plátanos.

Envió al indio, y éste por el camino se comió la mitad, no presentando más que tres á la persona que recibió el obsequio.

Entrególe los tres plátanos con la carta, y le observó atentamente.

—Este papel me dice,—exclamó el obsequiado,—que debes entregarme seis plátanos. ¿En qué consiste que sólo me traes tres?

El indio, aterrorizado, confesó la verdad y pidió humildemente perdón.

A partir de aquel momento, no dudó de que el papel hablaba.

Contó lo que le había pasado á sus compatriotas, y se generalizó la creencia.

Hé aquí el motivo por el cual vigilaban los indios coligados para destruir á los que defendían la fortaleza de la Concepcion, y registraban á todos los españoles que salían de ella, temiendo que llevasen algun papel que enterase al adelantado de lo que pasaba.

Pero el jefe del fuerte, de acuerdo ya con Bartolomé Colón, escribió en un papel sus temores y guardó aquella carta sin que nadie lo viese en el hueco de una caña.

Poco despues llamó á un indio de los que estaban á su servicio.

—Vé á entregar esta caña á nuestro jefe de la Isabela,—le dijo,—y de paso le manifestas que estamos

muy tranquilos y que nada hay que temer de los indios de la Vega Real.

El indio partió con el recado.

En el camino se le acercaron sus compatriotas.

Antes de hacer ninguna pregunta, observaron á ver si llevaba escondido algun papel, y despues de convencerse de que no lo llevaba, le preguntaron el objeto de su viaje.

Muchos se alegraron al saber la equivocada creencia que tenia el jefe de la fortaleza acerca de sus propósitos y les pareció que el viaje del indio era mucho más ventajoso para ellos que para él.

Dejáronle en libertad, recomendáronle que cumpliera la órden que habia recibido y se aprestaron al combate.

La conjuracion tomó cuerpo.

Mayabonex celebró algunas entrevistas con Guarocaya, y de acuerdo con Umatex, el jefe de los ciguayos, convinieron en que antes de pagar el tributo, reunidos en gran número darian el golpe decisivo.

El indio no encontró en la Isabela á Colon, y fué inmediatamente á buscarle á Santo Domingo.

Al ver la caña comprendió que comunicaban alguna órden grave, y no tardó en saber los temores del jefe de la fortaleza de la Concepcion.

Desplegando su habitual energía, salió inmediatamente para la fortaleza con las tropas que pudo reunir, y á marchas forzadas llegó en el momento más oportuno.

Millares de indios ocupaban la llanura armados y dispuestos para empezar el combate.

Era necesario sorprenderlos, y sobre todo apoderarse de los caciques.

Despues de llegar sin ser visto á la fortaleza Bartolomé Colon, y aprovechando la oscuridad de la noche, salió de pronto del fuerte, llegó á las aldeas cuando todos sus moradores estaban entregados al sueño y se disponian para emprender el ataque al dia siguiente, se apoderó de los caciques, la voz de alarma cundió, los indios huyeron despavoridos, Guarocaya, Umatex y Maboyanex se dirigieron precipitadamente para ponerse en salvo al departamento de Higüey, y lograron los españoles destruir los planes de los indios sometiéndolos de nuevo y aprisionando á los caciques principales, motores de la conjuracion.

Entonces supo el sacrilegio que habian cometido, y la admiracion de los indigenas no tuvo limites cuando vieron que en el paraje en donde habian enterrado las efigies brotaron plantas, cuyos frutos crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces (V).

Averiguó Bartolomé quiénes eran los que habian concebido y ejecutado aquel crimen, y no pudiendo apoderarse de Mayabonex, condenó á muerte á los dos caciques que una parte más activa habian tomado en la conspiracion y perdonó á los otros, despues de oír sus promesas de sumision y lealtad.

La Vega quedó pacificada, y el adelantado, que

tenia que ir al departamento del Xaragua á recibir el tributo, aplazó para su vuelta la ejecucion de los dos caciques condenados á muerte:

Mientras él con los suyos se dirigia á los dominios de Anacaona, el infame Roldan, unido con los descontentos, fraguaba otra conspiracion, cuyo resultado podia ser el asesinato de Bartolomé.

mas apreciable para Bartolomé que el alabador y el
 que los vivos escaraban en la colina
 y con aquel motivo pudo sacar la impetuosidad de
 los españoles
 Bartolomé un emisario á la Isabela con la
 noticia de lo que le había pasado, y dio orden para
 que uno de las carabelas que estaban ancladas fuese
 por mar hacia la costa de Xaragua con el objeto de
 reportar el resultado de lo que se produjese de las
 tribus indígenas á las de las Vega.

Capítulo LXII.

Donde verá el lector indios buenos y españoles malos.

Si cariñosa y afable habia sido la acogida que Anacaona y sus vasallos dispensaron á Bartolomé Colón cuando fué por la primera vez á los estados de Xaragua, no ménos afable y sincera fué la que en el segundo viaje halló en la ilustre reina.

Treinta y dos caciques inferiores aguardaban al adelantado.

Cada uno de ellos debia entregarle la parte de tributo que correspondia á los indios de su respectiva tribu.

El algodón que iban á ofrecerle ocupaba cinco ó seis chozas de las más grandes.

Además le ofrecieron gratuitamente todo el pan de cazabe que desearon, lo cual era entonces mucho